

PAOLO BENANTI, *Ti Esti? Prima lezione di bioetica*, Cittadella Editrice, Assisi 2016, 129 pp.

La existencia de interminables discusiones sobre algunos argumentos bioéticos sirve como intuición de fondo de Paolo Benanti: hay que individuar los presupuestos y las ideas que giran en torno a temas fundamentales sobre la vida para encontrar caminos de diálogo que permitan una mejor tutela del ser humano.

Desde su experiencia docente en teología moral y bioética, el padre Benanti, franciscano de la Tercera Orden Regular, busca construir puentes entre la biología, las ciencias empíricas, la filosofía y la teología, que sirvan como horizonte para superar debates estériles.

Con la ayuda de una imagen asequible a muchos, la ascensión a un monte (p. 9, y todo el capítulo 5), el Autor organiza sus reflexiones en forma de capítulos que son como senderos hacia una meta, incluyendo una pausa en el camino.

El capítulo 1 (primer sendero) pone la mirada en el fenómeno «vida» desde la reflexión filosófica, mientras que el capítulo 2 (segundo sendero) está orientado a dialogar con las ciencias empíricas en su esfuerzo por comprender la vida.

Tras una pausa contemplativa (capítulo 3, que da un relieve especial a algunos modos actuales de comprender la vida humana), el capítulo 4 (tercer sendero) acoge las con-

tribuciones que la fe puede aportar en estos temas. El capítulo 5 (la meta), intenta comprender aquellos presupuestos que permiten elaborar una propuesta bioética de modo correcto e integrado.

Al final del volumen, Benanti ofrece unas breves «conclusiones no concluyentes», así como un apéndice sobre el papel de los cristianos en la vida pública (desde las reflexiones de un discurso pronunciado el 22 de septiembre de 2011 por el Papa Benedicto XVI durante un viaje a Alemania). Cierra el conjunto una biografía sintética sobre los temas de bioética abordados en la obra.

Entre los muchos aspectos interesantes de esta publicación, cabría destacar las reflexiones de Benanti sobre el pensamiento posthumano (o posthumanismo, pp. 22-27); la clarividencia al evidenciar cómo las ciencias empíricas oscilan entre el determinismo y el probabilismo en el mundo actual (pp. 36-43); el subrayar el carácter único, entre los vivientes, del ser humano, con las implicaciones éticas que surgen cuando actúa libre y responsablemente (p. 66); la valoración de conceptos como persona, naturaleza y dignidad humana, con el deseo de abrirlos a un diálogo fecundo con quienes no parten de presupuestos religiosos (pp. 88-92).

De un modo sintético, y en el capítulo 5 (la meta), el Autor señala dimensiones irrenunciables a tener en cuenta para elaborar una bioé-

tica bien fundamentada: dejarse preguntar por lo que sea la vida, reconocer su vulnerabilidad, abrirse a nuestra responsabilidad ante ella, tener presente la dignidad humana (p. 94). O, como se indica un poco más adelante: «Aproximarse a la bioética significa, entonces, tomar en serio la llamada a hacerse responsables de la vida y a vivir nuestra constitución biológica haciendo históricamente eficaz la dignidad humana que la caracteriza» (p. 96).

Esta publicación de Paolo Benanti sirve, en resumen, para evidenciar fundamentos en las discusiones sobre bioética. Solo desde una reflexión sobre los mismos será posible enfocar mejor los debates y alcanzar consensos basados no en la fuerza ni en los sofismas, sino en principios que faciliten un acercamiento, en la medida de lo posible, a la verdad sobre el ser humano y sobre su lugar en el mundo en el que vive.

*Fernando Pascual, L.C.*

ARTURO CAÑAMARES, (ed.) *El Papa Francisco nos habla de la misericordia*, Ediciones Palabra, Madrid, 2015.

Este libro está dirigido a formar el espíritu de los niños en el sentido de la misericordia con palabras del propio Papa Francisco, de sus referencias al evangelio, etc. en una edición a cargo de Arturo Cañam-

mares, e ilustrado por Maribel Lechuga y Mariano Hernanz. Es un libro a color, con una gran sensibilidad por el alma infantil, lleno de gestos de amor, que desgrana enseñanzas del Papa Francisco de fuentes como la bula *Misericordiae Vultus*, y otros escritos o intervenciones públicas del pontífice. Seguidamente en cada capítulo breve se da una explicación asequible del contenido de las palabras del Papa, y se concluye con un propósito que ayude al niño a poner en práctica lo aprendido y en algunas ocasiones con oraciones para meditar y rezar.

Es una preciosa edición que gustará a los niños y les abrirá los ojos a realidades como ¿qué es la misericordia?, perdonar siempre, Jesús es el rostro de la misericordia del Padre, las acciones misericordiosas de Jesús, las parábolas de la misericordia, el sacramento de la Confesión, las obras de misericordia, la Iglesia es el signo de la misericordia de Dios, el año de la Misericordia, y María Madre de Misericordia.

Es una versión infantil semejante a la edición para adultos editada por Planeta y que tiene como principal autor al propio Papa Francisco.

Aunque el libro está dirigido a los niños, cualquier adulto puede disfrutar de sus contenidos por su agradable lectura e ilustraciones que rebosan bondad. Sin duda la misericordia es necesaria en el quehacer bioético y en las investigaciones biomédicas porque preparan una conciencia limpia y honesta en un campo en el que uno podría encontrar actitudes descuidadas con respecto a la persona humana y que bien dispuestos nos prevenimos para afrontar los retos presentes sensibilizados con las

cualidades de los corazones misericordiosos por la caridad.

Mariano Ruiz Espejo

MAURIZIO CHIODI - MASSIMO REICHLIN, *Laicità e bioetica. Prospettive filosofiche e teologiche sulla vita*, Morcelliana, Brescia 2016.

La bioética reflexiona no solo sobre grandes temas éticos relativos a la vida humana, sino que se abre a la dimensión pública en lo que se refiere a leyes, decisiones de los gobiernos, modos de organizar la asistencia sanitaria, etc. Por eso una reflexión sobre la laicidad y la bioética es siempre oportuna, más cuando se hace desde una doble perspectiva, filosófica y teológica.

La parte filosófica corre a cargo de Massimo Reichlin, profesor de filosofía moral en la Universidad "Vita-Salute San Raffaele" de Milán, que elabora su discurso desde el contexto de secularización que caracteriza a algunas sociedades de nuestro tiempo. Reichlin analiza cuatro posibles modalidades de proponer una visión laica de la sociedad (en especial en vistas a las discusiones bioéticas), al mismo tiempo que señala aspectos discutibles de las mismas, que evidencian la importancia de mirar cuáles sean los presupuestos de cada una, y si tengan o no fundamentos suficientes para ser defendibles (punto recalcado especialmente en pp. 38-39).

Después de analizar esas cuatro modalidades, Reichlin estudia lo que sería una laicidad metodológica, que permitiría las discusiones en un clima adecuado desde la constatación del pluralismo en el que vivimos, sin renunciar a las propias convicciones, pero con la

disponibilidad a ponerlas en discusión al entrar en diálogo con otras visiones bioéticas (pp. 40-41).

Para la parte teológica, Maurizio Chiodi, profesor de teología moral fundamental y de bioética en varias instituciones académicas del Norte de Italia, centra su aportación en el análisis de cuatro posiciones entre quienes defienden una perspectiva teológica respecto a temas relativos a la vida, para luego profundizar en las maneras en que cada una de esas posiciones se sitúa ante el dinamismo entre universalidad (lo que se aplica al ser humano en cuanto tal) y lo propio de la fe cristiana (p. 49).

La primera posición presentada es la ética de la sacralidad de la vida (pp. 51-60), analizada en sus grandes líneas, con ayuda de una perspectiva considerada como crítica (la que defiende el primado de la calidad de la vida), y con breves reflexiones del Autor en las que se plantean preguntas y que no llegan al núcleo de las cuestiones al suponer, de modo discutible, que exista una contraposición entre ética de la sacralidad de la vida y ética de la calidad de la vida.

La segunda posición, que reflejaría un modelo de la autonomía de la moral en un mundo pluralístico, es la de Eberhard Schockenhoff, profesor de teología moral en Friburgo (pp. 61-70). Según Chiodi, Schockenhoff incurre en serias dificultades al suponer que las propuestas éticas que surgen desde la fe se pueden exponer filosóficamente, como si la teología se limitase a la exhortación parenética (p. 69).

La siguiente posición, donde se conjugan fenomenología y teología, es la de Giuseppe Angelini, durante años profesor de teología moral en la Facultad teológica de Italia del Norte (pp. 70-82). Ange-

lini quiere repensar la vida desde la conciencia, así como evidenciar el nexo entre cultura y vida, con la ayuda de una perspectiva de tipo fenomenológico.

La presentación de posiciones termina con la cuarta, la hermenéutica bíblica, encarnada por Paul Ricoeur (pp. 83-101), en la que ocupa un lugar sugestivo la idea de que el amor inspira y configura a la justicia, lo cual explica cómo existe una obediencia que ama (pp. 93-99).

La última sección aspira a ser una ayuda para comprender el nexo entre lo humano y lo religioso, lo universal y lo singular, la ética y la religión, la fe y la razón, la conciencia moral y la conciencia cristiana (pp. 102-114). Esa sección termina con un breve bosquejo de las formas posibles de presencia cristiana en una sociedad secular, si bien resulta de no fácil comprensión y merece observaciones críticas que seguramente el Autor acogería, en coherencia con los principios que guían sus propuestas de diálogo.

Al final se incluye un índice de nombres. En conjunto, la obra resulta estimulante y afronta un tema clave para las discusiones que surgen en torno a la bioética, si bien un mayor espacio para el diálogo con autores que han profundizado en las nociones de naturaleza humana y de persona en la ética, también en la ética teológica, como por ejemplo Elio Sgreccia (apenas citado dos veces) o Lino Ciccone (citado solo una vez), habría permitido una mejor comprensión de la idea de sacralidad de la vida, entre otras nociones que no aparecen explicadas de modo adecuado en este volumen.

*Fernando Pascual, L.C.*

ANDREA MARIANI, *Mente cuore mani. La relazione medico-paziente: l'arte di una presenza*. IF Press, Roma, 2017.

Ci sono diversi tipi di relazione nella vita di una persona. Il grado di amore, confidenza, conoscenza, familiarità, stima eccetera. Sono di differente grado e intensità. Ma c'è una relazione che deve – o meglio, dovrebbe – strutturarsi secondo parametri meno aleatori e più “missionari”. Sì, perché di una missione si tratta. Infatti, esercitare l'arte medica non è un semplice lavoro, ma una vera missione. La relazione in questione è quella “medico-paziente”. La stessa non è semplice tecnica, è una questione di cuore. Lo sostiene don Andrea Mariani, nel libro “*Mente, cuore, mani. La relazione medico-paziente: l'arte di una presenza*”, edito da IF Press (giugno, 2017) e prefato dal prof. Giovanni Arcudi, Preside della Facoltà di Medicina dell'Università Cattolica Nostra Signora del Buon Consiglio di Tirana (Albania). Il sacerdote della diocesi di Tortona (AL), mette in evidenza l'umanità che deve sostenere la relazione tra la persona sofferente ed una persona che ha la conoscenza medica adatta ad offrire delle cure idonee. Il primo passo è, quindi, stabilire una relazione, un contatto capace di sostenere l'altro. Per farlo non è fondamentale avere una cartella clinica ma uno sguardo amorevole verso la persona malata. Una persona che ha bisogno di cure mediche e, prima ancora, di ascolto. Di conseguenza la prima arte è quella dell'ascoltare e del compattare cioè “patire con” il paziente, almeno nella conoscenza del disagio causato dalla malattia. È necessario avere una mente che conosce, un cuore che ama e delle mani che traducono ciò che si è compreso con

l'intelligenza e visto con gli occhi del cuore. Questo atteggiamento non è un optional, una questione per persone profonde e sensibili, è invece il presupposto per un lavoro medico che porta frutto. Una buona comunicazione agisce come elemento terapeutico. Nelle aule universitarie dovrebbe essere centrale conoscere i meccanismi che ruotano attorno a questa delicata relazione. Non solo a livello teorico e tecnico, parlando di modelli interpretativi che negli anni sono stati sviluppati. L'interdisciplinarietà che muove la conoscenza medica comprende anche l'aspetto propriamente umano della relazione. È necessario passare dal curare al prendersi cura. Le cure mediche, infatti, sono un esercizio della compassione tra esseri umani: l'uomo che soffre è un paziente. Curare significa in tal modo prendersi cura. Si noti che i primi ospedali, nati in ambito cristiano, non avevano particolari qualifiche o competenze tecniche. Si limitavano ad ospitare – “ospitali”, appunto – chi era nel bisogno. Sono nati accanto ad abbazie e monasteri. Nella persona bisognosa i cristiani hanno saputo intravedere il volto di Cristo sofferente. Ecco perché l'etica cristiana è, a ragione, alla base della cura medica. Una sana antropologia è il presupposto per la nobile arte medica. Il progresso medico, quindi, pur nella sua positività, andrà esaminato e indirizzato da quelle scienze umane, ed in particolare dalla bioetica, per identificare i fondamenti delle decisioni da prendere; andranno recuperati il concetto di persona e l'inseparabilità della malattia dal soggetto che ne è affetto. Le diverse dimensioni che costituiscono la persona, partecipano ed esprimono la dignità personale e non ammettono un

trattamento strumentale. La persona rimane sempre – anche nella malattia – quel soggetto prezioso a cui occorre avvicinarsi con rispetto e delicatezza. La frammentazione del sapere medico, sempre più specialistico, se da un lato ha degli indubbi benefici, dall'altro rischia di frammentare anche l'uomo allontanandosi dalla concezione olistica della persona. Ciò che si reclama oggi è un profondo rinnovamento della medicina, che la tramuti da mera tecnica specialistica in vera arte umana fondata sul rispetto integrale della persona. In altri termini, umanizzare la medicina vuol dire riflettere sul rapporto esistente tra sviluppo e progresso tecnologico della scienza medica con la riflessione etico-morale. Ecco perché si insiste sulla necessità del curare. Ciò che il medico cura non è semplicemente un organo malato, ma la persona che ha in sé l'insieme della sua realtà interiore, che sfugge ad un primo sguardo puramente clinico. Paradossalmente, mai come in questo periodo, la medicina ha sfoggiato la sua potenza tecnologica; e mai come ora ha rivelato una crisi profonda di credibilità da parte dei pazienti, che non si sentono ascoltati. In campo medico, il rapporto da persona a persona non è un generico richiamo, ma una necessità. Una buona comunicazione evita, certamente, che il consenso informato, si trasformi in un modulo di poche righe tendenti a fornire uno scarico di responsabilità per i sanitari interessati. Papa Francesco afferma: «non c'è dubbio che, ai nostri giorni, a motivo dei progressi scientifici e tecnici, sono notevolmente aumentate le possibilità di guarigione fisica; e tuttavia, per alcuni aspetti, sembra diminuire la capacità di "prendersi cura" della persona,

soprattutto quando è sofferente, fragile e indifesa». Ecco perché comunicare non è dare semplicemente informazioni, ma servire con carità una persona che, nella sofferenza, si trova in uno stato di necessità e che reclama aiuto. L'uomo che veste il camice bianco resta pur sempre un uomo capace, a differenza delle macchine e dei dati, di accostarsi al sofferente con la passione necessaria per poter curare e prendersi cura. Il libro di Mariani, tra i tanti meriti, ha quello di aiutare i medici a ritrovare nell'etica professionale la componente fondamentale dell'ascolto. Lo fa con competenza e linguaggio chiaro. Pertanto, è un libro da leggere non solo da medici e operatori sanitari, ma da tutti, perché, o prima o poi, ci troveremo ad essere "pazienti".

*Domenico De Angelis*

DAVID ALBERT JONES – STEPHEN BARRIE, *Thinking Christian Ethos: The Meaning of Catholic Education*, Catholic Truth Society, Oxford 2015.

In *Thinking Christian Ethos: The Meaning of Catholic Education*, Catholic Truth Society, Anscombe Bioethics Centre Director David Albert Jones joins the Centre's Education Officer Stephen Barrie in a concise overview of the meaning of Catholic education. Readers of this journal who are familiar with the Anscombe Bioethics Centre's mission might be surprised to find little explicit mention of the hot button bioethical themes the organization commonly treats in the public square. While the latest work from Jones and Barrie will not provide detailed responses to advocates of contraception, abortion, same-sex marriage, or

ethanasia, the text does offer an attractive account of the Catholic worldview at the heart of the educational ethos that leads to the human flourishing the usual suspects of the culture of death threaten to undermine. The authors thus are occupied less with the necessary task of refuting the errors of the throw-away culture and more concerned with presenting the harmonic and splendid coherence of the Catholic educational philosophy that has and will continue to form constructive members of a new civilization of love and justice.

The work is divided into three main sections, namely "The Nature of Education," "Christian Education," and "The Church & Education." The three initial chapters of the first section are a helpful review of an adequate anthropology rooted in right reason. Since the authors draw heavily upon Aristotle, non-Christian readers resistant to scripture-based claims will find much insight in the thorough presentation of man's various faculties and the virtues that perfect them. Since bioethical and ethical discourse in general is often dominated by a formalistic principlism or rule based approach, non-Christian readers will also find refreshing stimulus to reflection in the eminently positive vision of integral human flourishing. Chapter three closes the first section with helpful reminders of the priority of learning over teaching and the goals of education that go beyond mere technical preparation.

The three chapters of the second section explore the difference that Jesus Christ makes to a pedagogical philosophy. The authors thus explain how a Christ centered education approach takes all that is good and true in the Aristote-

lian vision previously outlined and elevates it through a sensitivity to the life of divine grace. Therefore, the Christian educator is not content with the polite pupil, but rather strives to cultivate the saintly student characterized by the infused moral and theological virtues. Chapter 6 is particularly striking in its exposition of a “grace haunted account of education” that takes both human sin and redeeming grace seriously. Such an account is thus paradoxically more pessimistic and more optimistic than prevailing secular accounts. Far from providing a safe escape from reality into fanciful theological imagery, the Catholic account of education offers the most bracing diagnosis of man’s misery and most promising prescription for realizing his grandeur.

The final three chapters that comprise the third section make an impassioned case for the unique contribution of the Church to education in the past, present, and future. Chapter 7 briefly charts the way in which the Church has taken interest in and often spearheaded the advance of practically every major discipline of the standard curriculum of the western world. While the Church’s commitment to theology is rarely contested, her extensive cultivation of natural sciences, literature, history, art,

and other fields is sometimes neglected in ideological presentation of a supposedly obstructionist Church. The authors can hardly be expected to recount fully the monumental cultural accomplishments of the Church in a short chapter, but they have done well to introduce the reader to the wide breadth of the Church’s interests and accomplishments. Critics who accuse groups like the Anscombe Bioethics Centre of obsession with certain themes of sexual morality would do well to recall how the pro-life vision fits within a broader Catholic worldview that encompasses far more than the condemnation of certain aberrant practices. Chapter 8 recalls that a Catholic institution seeks high academic standards, but always in the context of ecclesial communion of persons committed to mutual supporting each other in the realization of a common vision of the good life. Prayer and a spirit of authentic friendship should permeate the school community so that it can aid its staff and students to become more than high-performers on standardized tests. Catholic schools are uniquely poised to overcome the fragmentation that taints many academic institutions through a complete picture of human flourishing taught and modeled both inside and outside

the classroom. The final chapter of the work emphasizes that the strength of Catholic identity within its boundaries will affect positively the surrounding society. Through instruction in and lived application of the rich social doctrine of the Church, students will be equipped to render their families, civic associations, and their eventual places of employment places of justice and peace.

This brief work provides a helpful introduction to the Catholic worldview that sustains Catholic education and by extension her pro-life efforts. It is written in a non-technical language and with a logical clarity that makes it accessible to non-Catholics eager to discover the secrets to the successes of the international Catholic school system. While Catholic readers will likely be accustomed to reading more detailed treatments of the theological and philosophical themes addressed in the work, they will still appreciate the synthetic integration of the various elements of their worldview. Bioethicists will benefit from positioning the specific issues of their research and activism within a comprehensive vision of the human person and his authentic flourishing.

*Michael Baggot, L.C.*